

CONCLUSIÓN

Al final de estas breves notas biográficas, no podemos olvidar un aspecto de la espiritualidad de Rancé, que ha atraído tanto la atención de los estudiosos: su devoción a María. Con frecuencia, en el pasado se ha llegado a afirmaciones negativas en relación con este tema. Por ejemplo, Rancé no hace casi nunca alusión a la Virgen...es una laguna grave... etc. Los Trapenses saben que no hay nada más falso. Si nuestros Monasterios están colmados de la atmósfera mariana, se lo deben también a la fidelidad de Rancé a la tradición de la Orden.

Él devolvió a su honor primitivo el Oficio de la Virgen María: “Se salmodiará en el coro cada día, salvo los tres últimos días de Semana Santa, en los cuales cada uno lo rezará en privado, en el momento que crea más oportuno”.

Cuando restauró la iglesia, colocó en lo alto del altar una estatua de la Virgen, de pie, con su hijo en el brazo izquierdo, y en la mano derecha un pequeño ostensorio en el que se ponía el Santísimo Sacramento. A los pies de la estatua estaban grabados estos versos:

Tú que vienes animado por el espíritu de fe,
Para recibir el sagrado pan de la vida,
Cómelo dignamente, oh cristiano y recuerda
Que está amasado
Con la sangre más pura de María.

La Trapa retomó el título original de: *Nuestra Señora de la Trapa*. En esta casa y en esta iglesia consagrada a María los monjes vivían con su imagen constantemente delante de sus ojos, como en los orígenes. Así nos viene atestiguado en los anales del Císter. Rancé, como los antiguos padres cistercienses, se esforzó por crear en su abadía una atmósfera mariana. Los textos explícitos son poco numerosos, pero muy claros. He aquí dos, entre otros:

“¿Podemos amar a Jesucristo y no amar a la que, entre todos los hombres y los mismos ángeles, más parte ha tenido en su caridad y en su ternura? Quiero decir, ¿su Madre? Esta distinción de honor, de gloria y de santidad, que la coloca por encima de las criaturas, le merece de nuestra parte un respeto y una veneración particulares”.

“En verdad, cuando sabemos que el mundo entero subsiste sólo en virtud de la Encarnación, que es el fundamento de la salvación de los hombres y la puerta del cielo, no comprendo con qué presunción y temeridad se pretenda entrar en él sin reverenciar a Aquélla de la que Dios se ha servido para darnos el pase... Si la redención es el precio de la sangre de Jesucristo, ¿podemos ignorar la relación que existe entre esta sangre y la de la madre, en la que ha sido formado? ¿Podemos ignorar que es tan estrecha esta relación que, según el pensamiento de los Padres, la carne del Salvador es la misma carne de María, *Caro Christi, caro Mariae est?* Por consiguiente, la indiferencia que se tenga para con la Madre, recaerá también sobre el Hijo...”, y continuaba: “No podemos dirigirnos a Ella, queridos hermanos, con *demasiada* entrega y asiduidad. Me diréis, quizá, que cantáis todos los días himnos y cánticos en su alabanza. Os respondo que es una cosa buena, pero que no debéis limitaros a esto, y que no haréis todo lo que debéis, en calidad de religiosos, y de religiosos de la Orden del Císter, si, además de estas oraciones y estos sufragios públicos y comunes, no tenéis también otras prácticas particulares con las que la honréis y os dirijáis a Ella. Por ejemplo, la recitación del rosario, las letanías, y deseos del corazón hacia ella, como hacia nuestra protectora, diciéndole desde lo más profundo de vuestra alma: *In Te sunt oculi nostri, ne pereamus, Virgo benedicta!*”

En cuanto a mí se refiere, hermanos míos, os digo que considero como perdida y no bien vivida una jornada en la que no haya encontrado algún momento para recurrir a Ella y encomendarle mi salvación”.

Ha llegado el momento de poner un poco en orden los distintos temas afrontados, para dar, o al menos esbozar, un juicio sintético. Los estudiosos ven en los distintos aspectos, con frecuencia contradictorios, de la personalidad de Rancé, una especie de transposición en clave religiosa de la que era, como hemos visto, la característica de la sociedad francesa del tiempo. Cuando, en 1657, se inició la conversión de Rancé, la *fronda* había sido derrotada hacía sólo seis años, y lo que se había llamado *el ethos feudal* de los vencidos *frondeurs*, había encontrado su desahogo en un acercamiento heroico a la vida en clave religiosa, y Rancé fue uno de los casos más conocidos. Su juventud coincide con los años de ascenso de Corneille, y del inflexible dualismo y del ideal de *générosité* de Descartes. Polieucte era el ejemplo perfecto del héroe corneliano en un ambiente religioso, y no parece una fantasía peregrina el considerar a Rancé y la Trapa como la imagen en espejo de la gloria corneliana, con el culto del absoluto, representado en la renuncia total de sí mismo, ofrecida para la mayor gloria de Dios. Este contexto moral es indispensable para entender a fondo algunos de los aspectos menos atractivos de Rancé. En él, como en los padres *de los desiertos*, hay mucho del profeta del Antiguo Testamento, y sería absurdo pintarlo como una figura sonriente y amable, un nuevo Francisco de Asís, o el duplicado de Francisco de Sales. De hecho, no era sonriente y amable el mundo que Rancé había abandonado. Pascal, La rochefoucauld, Racine, estuvieron muy lejos de dejarnos una imagen optimista del hombre, y si ellos se vieron ciertamente influenciados por Port-Royal, otros, como Boileau, La Bruyère y Molière, ¿pintaron por casualidad un mundo de paz y alegría? La falsedad de la vida cotidiana, la divergencia entre la apariencia y la realidad, son temas constantes del *grand siècle*, y Rancé fue un hombre metido de lleno en la problemática de su tiempo. Él ofreció a muchos de sus contemporáneos, hombres y mujeres que buscaban la verdad, la dirección del camino a seguir, en el retiro y en la sencillez de la vida, para encontrar la serenidad y la paz que no habían encontrado en el mundo. En los límites en que Rancé trató de comunicar a los otros su experiencia de vida, no es equivocado llamarlo curador de males y portador de alegría duradera, y no sólo de un instante de felicidad aparente. Esto es lo que nos parece poder decir, como conclusión de esta primera parte. La segunda, nos pondrá en contacto directo con los escritos de Rancé, y nos dará la posibilidad de tocar con la mano los efectos de la obra de Dios en él.